

LO QUE NOS FALTA: POLÍTICA EXTERIOR CON ESTRATEGIA DIPLOMÁTICA

Por Antonio Salum Flecha (*)

Desde la cátedra universitaria, hace casi dos décadas, he venido sosteniendo la necesidad de que el Paraguay cuente con una política exterior de Estado, aunque para el logro de sus metas a corto, mediano y largo plazos, se debe también contar con una estrategia diplomática. Única manera de asumir responsablemente, si se tiene en cuenta nuestras dolorosas experiencias diplomáticas del pasado, los nuevos tipos de desafíos que se presentan actualmente en la América Latina como el mentado “socialismo del siglo XXI” que pretende exportar a otros países el presidente venezolano Hugo Chávez, a más de las exigencias propias que acarrear la globalización.

A propósito de la política exterior de Estado que reclamo, durante el breve gobierno de Raúl Cubas Grau siendo Dido Florentín Bogado, Canciller Nacional y el subsiguiente de Luis A. González Macchi con José A. Moreno Rufinelli como canciller, se ha elaborado un proyecto conjuntamente entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): Bases y Lineamientos, con el laudable propósito de situarlo entre los más importantes del mundo.

Para que sirviera a este proyecto de complemento, por haber gentilmente solicitado mi opinión el canciller Moreno Rufinelli, elaboré un Esquema Histórico-Diplomático, en el que hacía notar que faltaba todavía incorporar el procedimiento a seguirse (sea en un consejo o departamento ministerial) para encarar la estrategia diplomática a utilizarse en cada caso. Sus inte-

(*) Consejero de la Academia Diplomática y Consular del Ministerio de RR.EE.

grantes, para el efecto, deben analizar el Poder Nacional de los Estados involucrados en cada proyecto. Es decir, la posición geográfica, recursos naturales, capacidad industrial, preparación militar, población, carácter nacional, moral nacional y diplomacia, como pregona Hans J. Morgenthau.

Al fundamentarlo, tuve presente que para la elaboración de una política exterior se requiere el cumplimiento de tres fases sucesivas e íntimamente vinculadas entre sí. La primera, de orientación general, que se ocupa de la formulación y definición de posiciones (que se encuentran expuestas en el Bando del 17 de mayo y la nota del 20 de julio de 1811, respectivamente). La segunda, de decisión o conducción, que representa la forma y el medio de encauzar las aspiraciones y objetivos mediante una estrategia internacional (la que siempre faltó). Y la tercera, de acción o ejecución, encargada de promover en el exterior los intereses nacionales. Su instrumento es la diplomacia, que se proyecta “hacia fuera” y “hacia adentro”.

Para mejor comprender esta fase, debo recordar el enunciado de Oswald Spengler, quien afirma que “el Estado es el orden interior de un pueblo para los fines exteriores”. Concepción que determina la preeminencia incondicional de la política exterior sobre la política interior y la dirección eficiente del Estado en un mundo de Estados. Se trata, por tanto, de la parte más importante de una política exterior, pues se relaciona con el éxito o el fracaso. No bastan las buenas intenciones ni los objetivos claros; es necesario contar además, con la estrategia apropiada que nos lleve a adoptar las mejores decisiones.

Es decir, se debe tener en cuenta nuestra situación mediterránea, la cuenca a la que pertenece y, fundamentalmente, los países vecinos por cuanto nuestras desventajas solo pueden ser superadas por factores tales como el desarrollo económico, la fuerza militar y el liderazgo que, por el momento, no contamos. Consecuentemente, los objetivos nacionales y la política formulada para su consecución solo estarían bien complementados en la medida en que la estrategia internacional escogida no haya subestimado ni sobreestimado el Poder Nacional de uno u otros países.

Al iniciarse este nuevo milenio, el Paraguay, que desde su independencia hasta nuestros días sufrió numerosos reveses debido a su mediterraneidad y la carencia de una política exterior trazada conforme a los cánones precedentemente mencionados, sostiene todavía problemas con el Brasil y la Argentina por la renegociación de los tratados de Itaipú y Yacyretá respectivamente y la superación de asimetrías en el Mercosur. A los que podría agregar

se todavía otro con Bolivia como consecuencia de la firma de un tratado de cooperación militar con la Venezuela de Hugo Chávez –por afinidades ideológicas– para potenciar sus fuerzas armadas con moderno material bélico que incluye aviones y helicópteros a más de la construcción de bases sobre el río Paraguay.

Sobre el punto, el ex presidente y actual senador brasileño José Sarney, llegó a declarar que “el populismo de Chávez cuyo mentor es Fidel Castro, ha colocado a Venezuela en una carrera armamentista que desequilibra el continente sudamericano, pues se arma como potencia militar por sus petrodólares, no precisamente para amenazar a los Estados Unidos, sino para desequilibrar fuerzas dentro del continente sudamericano. Para cuyo efecto ha dejado de lado hasta la apariencia democrática, pues a partir de la “pretorianización” de las FF.AA. e imponer el lema de “socialismo o muerte”, anunció un programa obligatorio de adoctrinamiento marxista en todas las empresas”.

De ahí que, de contarse con un órgano ministerial para analizar tales sucesos y sopesar los informes cursados a la cancillería nacional por nuestra embajada en Bolivia, entre los que ha de figurar la confrontación por razones ideológicas entre los gobiernos departamentales de la “media luna” oriental y el gobierno de La Paz, se podría planificar la estrategia a seguirse para evitar eventuales sorpresas. Es decir, lo que podría derivarse de tal confrontación agravada todavía más por la amenaza chavista de intervenir militarmente – como ya aconteció en el aeropuerto cruceño de Viru Viru– en defensa del gobierno de Evo Morales.

Es el momento, entonces, de analizarse reflexivamente la reacción que correspondería al Paraguay de traspasar sus fronteras del Chaco las tropas bolivianas y, muy especialmente, la actitud que podrían asumir los gobiernos argentino y brasileño, dependientes en gran medida del gas boliviano. Y en tales circunstancias, ¿cómo podría desenvolverse nuestra diplomacia por no estar el Paraguay vinculado formalmente con una tercera potencia amiga que solo puede ser Estados Unidos, la única capaz de disuadir cualquier intento de agresión a un país que se encuentra en grave estado de indefensión, evitando que hechos consumados no se conviertan en permanentes como ya aconteció en el pasado?

Por tanto, oportuno es recordar que, “para la defensa de la soberanía nacional, nada es más necesario que un ejército eficiente y una diplomacia nacional. La compenetración de las funciones de los diplomáticos con los militares es un hecho notorio. El diplomático es también soldado, solo que

lucha en otro frente, y cada vez que la intransigencia obstaculiza una negociación el mejor diplomático es el militar. No hay mejor argumento que la victoria”.

